

A DIFERENCIARSE TOCAN

A. — ¿Ve usted ese señor?

B. — ¡Ese que va junto al río, mirando al agua que corre y con aire meditabundo?

A. — El mismo. Pues bien; ese señor, pásmese usted, ¡piensa en esperanto! Piensa en esperanto, fijese usted; el esperanto es la sangre de su inteligencia.

B. — Pues no me pismo, porque en mi pu blo hay un capellán de monjas, doctor en Derecho canónico, que piensa en latín. Como que para pedirle al ama el desayuno en castellano, tiene que hacerse un esfuerzo. ¡Piensa en latín, asómbrese usted!

A. — Eso ya es, amigo mío, querer sacar las cosas de su quicio. Porque el pedir al ama el desayuno no es cosa de pensamiento. Se pide el desayuno sin pensar en ello, y hasta pensando en otra cosa. Lo que respecto á ese señor...

B. — Sí, ya le entiendo á usted; que como sus pensamientos son de orden universal, los piensa en lengua universal, ¿no es eso?

A. — ¡Eso es!

B. — Pues el capellán de monjas de mi pueblo, como hace de su desayuno una cosa ritual y litúrgica, lo tiene que pedir en latín. ¿Lo ve usted? Y conozco un profesor de Química que cuando se bebe un vaso de agua siente gusto á oxígeno y á hidrógeno, y doble gusto á éste que á aquél, conforme á la fórmula H₂O.

A. — Pues yo conozco un catedrático de Lingüística comparada, que no se entera de nada de lo que usted le dice, porque está pensando en la etimología de las palabras que usted emplea para decirse o. Eh, ¿qué tal?

B. — Y yo he conocido un jesuita que solía decir en clase: «este argumento como tiene fuerza es en atín, en latín!» Y daba un puñetazo sobre la mesa; un puñetazo argumentativo y latino.

A. — Y tenía razón. Si usted traduce al francés, a inglés, al español ó al italiano la *Critica de la razón pura*, es decir, la *Kritik der reinen Vernunft*, de Kant, por bien que usted la traduzca, ya apenas le convence á uno. El mismo concepto de pureza, no resulta traducido. En castellano, una razón pura, es una pura tontería, y nada más. Y nada le digo á usted si decimo a mera razón.

B. — Y dígame usted: ese señor, que así pien a en esperanto, ¿no es, acaso, un candidato al suicidio?

A. — ¿Por qué?

B. — Por el aire que lleva. Eso de ir así tan cabizbajo y meditabundo, tan melancólico á la orilla del río, y sin quitar ojo del agua que éste lleva, me huele á monomanía suicida. El mejor día le sacan del fondo del agua frío é inerte y con la última palabra (en esperanto dretida entre los dientes, el paladar y la lengua,

A. — ¿Pero usted cree que el esperanto es una engua que pred spona al suicidio?

B. — Yo no he dicho semejante propósito, ni lo he pensado siquiera; yo sólo observo á ese dechado de esp. ran istas. Por lo demás, no creo ni que el esperanto sea una lengua.

A. — Y el latín del capellán de monjas de su pueblo, sí; ¿no es eso?

B. — El latín del capellán de monjas de mi pueblo procede de algo que fué una lengua; es

un poso ó escurraja de lengua, y el esperanto ni ha sido, ni es lengua.

A. — ¿Y si lo llega á ser...?

B. — Entonces hablaremos de su universalidad, y hasta lo propondremos á Mr. Wilson, ó á quien sea, para que se le declare la lengua oficial de la Sociedad de las naciones, que dicen se va á formar.

A. — ¿No será más bien el inglés, el idioma de Inglaterra, y de los Estados Unidos, la lengua de esa Sociedad?

B. — O el galés, un dialecto céltico, que es la lengua nativa de Lloyd George. Pero como ahora los pueblos se van á dar á sí mismos con el Gobierno la lengua que más les plazca, vamos á volver á los tiempos de la Torre de Babel. Porque hay que salvar las personalidades, no hay más remedio. ¿De qué va á servir, por ejemplo, el *home rule*, la más amplia autonomía de Irlanda, si ella no sirve para levantar al *erse*, al viejo lenguaje céltico, que agoniza en un rincón de la verde Erin, su terroso lecho de muerte? ¿Y no se ha enterado usted de una de las dificultades que algunos le ven á la formación de la gran Serbia, de Surelavia ó Yugoelavia?

A. — ¿Cuál es?

B. — Pues que mientras los croatas, católicos en mayoría, se sirven del abecedario latino, los viejos serbios, ortodoxos orientales, se sirven del cirílico. La ortografía, ya ve usted, la ortografía, es capaz de dividir á un pueblo. Porque reconozca usted que no es lo mismo poner en un rótulo «Plaza de Cataluña», que «Plassa de Catalunya», ni es lo mismo decir Vizcaya, que Biskaia. Hace poco, en un pequeño semanario gallego, escrito en un gallego que oía á sudor, y no digo á aceite, porque el que lo escribió velaría á la luz de una bombilla eléctrica, mientras devanaba aquellos voquibles de la lengua *enxebre*, que Curros Enríquez soñó, poéticamente, en que llegase á ser universal; en ese semanario se escribía Hoespaña con hache; así, á la portuguesa. Porque no nos querrán hacer creer que en Galicia aspiran el nombre de España.

A. — Pero si eso del hache es una pura necesidad, en cambio, no me negará usted que *plassa* no suena lo mismo que *plaza*.

B. — Ahora me explico por qué ese dechado de esperantistas parece propenso á tirarse de cabeza al río. El pobre se siente derrotado. El, que era el perfecto neutralista en esta fiera contienda de lenguas, idiomas, dialectos y jergas, ve que sus generosos propósitos fracasan. Y todo por no haber adoptado como lengua universal el latín litúrgico del capellán de monjas de mi pueblo.

A. — O el gallego, como quería Curros Enríquez, y lo dijo en la «Introducción» de sus *Aires d'a miña terra*.

B. — Indudablemente, el fin de esta guerra marca el principio del fin de todo esperantismo. La consigna ahora es diferenciarse. A diferenciarse tocan. Y yo, por mi parte, ya estoy fraguando un lenguaje individual en que afirmem soberanía.

A. — Bien se dijo que el estilo es el hombre.

B. — Pero cabe, amigo mío, estilo individual en una lengua universal, de todos.

LOS QUE VAN A AMERICA



EMILIANO RAMIREZ ANGEL

Ilustro escritor, que ha salido para Venezuela donde fijará su residencia, y donde se propone realizar importantes negocios editoriales

En las Revistas de «Prensa Gráfica» ha sido siempre, Emiliano Ramírez Angel, uno de los colaboradores predilectos. En «La Esfera» especialmente hay páginas deliciosas de este ameno y singular escritor. Con su marcha á Venezuela perdemos el trato de uno de nuestros amigos más queridos. El colaborador queda con nosotros. La distancia no puede privarnos del deleite de sus escritos, y sus amigos de «La Esfera», de NUEVO MUNDO, de «Mundo Gráfico» seguiremos teniéndole cerca en sus cuentos, en sus crónicas, en sus versos...

Continuarán fundidos los espíritus del escritor y los lectores.

Sólo nosotros, sus compañeros de siempre, lamentaremos la falta del amigo queridísimo.

Al separarse de nuestro lado le abrazamos con el dolor y la inquietud con que se abraza al hermano que parte á tierras lejanas en busca de mayores horizontes.— Francisco Verdugo.